

Los *Piros*

Para ir a la Chacarita te conviene ir en subte, coincidieron.

Bajaste las escaleras. Esperaste en el andén. El tren llegó. Elegiste el asiento más cercano a la puerta. El subte te asusta. No temas, en la capital no hay *piros*. Eso es claro, contaste la historia en el taller de la Biblioteca y todos te dijeron qué buena historia ¿Se pensaron que era cuento? Quién lo diría, vos en la Bib... Activaron la sirena. El sonido te hizo temblar, se notó en tu cara. El miedo supura de tus ojos. El tren se mueve. Ésa fue la sirena de aviso, preguntás. Sí, te dice la señora. Solamente sí, te dice la señora, y no corre, no se altera, la mano gorda se aferra al aro blanco que cuelga.

Mirás por la ventanilla. Los carteles, la gente, las luces se desgarran por la velocidad. No se distinguen formas. Todavía no aparecen los *piros*.

El vagón te sacude. Se detiene. Abren las puertas. Todos bajan. Te preguntás por qué todos salen. Hay silencio. El aire está limpio. Ya no hay gente. En el pueblo nadie se queda arriba cuando activan la sirena. Todos van a los sótanos. Carmen y los chicos ya deben estar en la piecita de abajo que armó Nino allá por el '30, después de la primera invasión de los *piros*. Pocos cristianos quedaron aquella vez. Se los tragarón a casi

todos. El pueblo quedó sin hombres, y lleno de miedo. Desde aquel día nunca dejaron de volver. Es el miedo, decía Nino, no van a aparecer más cuando termine el miedo. En la Capital nadie tiene miedo, decía también, por eso allá no se ven *piros*. No debiste creer en el viejo, los *piros* son invisibles. Ése es el problema. Te das cuenta de que invadieron cuando se devoran al primero. Lo abrazan, lo ahogan, tragan. Nadie vuelve después del abrazo de un *piro*, no se sabe qué pasa después.

Quien presencia la escena tiene la obligación de avisar para que se active la sirena. Pero a veces tardan. No es fácil discar el triple cero si te enfrentaste a un *piro*, si viste desaparecer un hombre, si viste cómo. Los que oyen la sirena corren, se guardan bajo tierra hasta que llega la calma. Pero eso pasa en el pueblo. Acá, suben. Una sola persona entró al vagón: una anciana con un ramo de flores en la mano. Después no viste más nada porque te cubriste con la campera verde. Quedate quieto en tu hueco verde.

Te empeñas en recordar la voz de un viejo mentiroso. No hay *piros* en la capital, te decía el viejo. Pero si hay sirena de aviso, hay *piros*. La gente se fue con pánico. Vaciaron el vagón con prisa. Es por la invasión, pensás, para qué correr si no, por qué llevarse por delante unos con otros para bajar primero.

En el pueblo todos gritan, los nombran. Acá huyen sin hablar. Eso es raro. Muchas veces creíste que los *piros* buscan. Debe ser por eso que aquí nadie habla. Esta gente no sabe. No están preparados. Por eso la falta de gritos y el ascenso a las calles. Se pensaron que era cuento, acordate. Debe ser por la cantidad de gente. Nadie nota cuando falta uno. Ahora, ¿quién activo la sirena, entonces? Deben ser sensores. Porque esas cosas sí hay en la capital. Están más avanzados. Los del gobierno les deben ocultar lo de los *piros*. Por eso nadie sabe y se pensaron que era cuento. En el pueblo es difícil ocultar. Todos se conocen las caras y los nombres. Por eso sos capaz de imaginar quién puede ser la próxima víctima. Porque según tu teoría, los *piros* saben a quién buscan. Pensás nombres. El aire se agota en tu hueco verde. No sigas. Hay invasión ahora. Vinieron y buscan. No te descuides. ¡No respires! Ellos olfatean la respiración. Crees estar seguro en tu sombra verde. Es en vano. No ven sombras. Seguíis buscando nombres. Tu piel derrama agua. Quisieras gritar pero tu boca no se abre. Es el miedo. Tu corazón golpea. Los nervios transmiten ese temblor hasta tu cerebro. Las venas hinchadas, también verdes, dibujan espasmos en tu sien. La frente, las mejillas, el cuello: se mojan. No podés ver. Otra vez la sirena. La invasión es grande. No pienses más. La lucidez asusta. Temés. El tren, ahora, avanza. Silencio: no se oyen gritos, ni llantos. Creés que todo pasó. Te quitás la

campera. Aflojás el estremecimiento de tus hombros. El subte corre y se pierde. Cables, chillidos, figuras desgarradas por la velocidad. No te descuides. Uno nunca sabe cuándo se van los *piros* ni lo que pasa después. Después: el tren se detiene en la Chacarita para que baje la anciana con las flores.